

EL PERRO QUE ACOMPañABA LAS DESPEDIDAS

ALGUNAS DESPEDIDAS
NUNCA SE HACEN SOLOS.

DESTINOS
DISTINTOS

PEQUEÑAS HISTORIAS.
EFECTOS DURADEROS.



LA CASA DEL ESCRIBA
INSTANTES NARRATIVOS

GUILLERMO ISAZA FISCO



A detailed illustration of a magical library at night. In the center, an open book glows with a warm light, showing a fairytale castle by a lake under a full moon. Musical notes and a treble clef float around the book. To the left, a large bookshelf is filled with books, and a lantern with a lit candle sits on a table. To the right, a small cat is curled up on a stack of books. The background features a window with a view of a castle and a full moon. The overall atmosphere is cozy and enchanting.

Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.

A dark, atmospheric painting of a wet street at night. In the foreground, a dark, shaggy dog sits on the wet pavement, looking down a path that recedes into the distance. The path is illuminated by the warm, yellow light of streetlamps, which creates reflections on the wet surface. On the left, a black lamppost stands near a stone wall and bare trees. In the background, more streetlights and the faint outlines of buildings are visible through the misty air. The overall mood is somber and contemplative.

No todo lo que acompaña... está vivo.

Y no todo lo que se va... desaparece.

OBJETO NARRATIVO 003

EL PERRO QUE ACOMPAÑABA LAS DESPEDIDAS

Era un pueblo apartado, sin nombre para los de afuera, donde la vida transcurría sin tropiezos.

Era un lugar donde el tiempo no avanzaba... simplemente permanecía suspendido, como si aguardara a que sus habitantes hicieran el breve recuento de sus pobres vidas antes de emprender, con una fe cansada, el tránsito hacia algo que suponían mejor.

Las casas, bajas y desgastadas, parecían apoyarse unas contra otras, como si compartieran el mismo cansancio. En las aceras, sus habitantes dejaban pasar la vida desde mecedoras raídas, balanceándose al compás de un son cansado y de una espera sin nombre. Las calles, polvorientas en verano y de tierra húmeda durante los largos inviernos, guardaban huellas que nadie recordaba haber dejado.

Por las tardes, el viento arrastraba hojas secas, voces lejanas y conversaciones que nunca parecían concluir del todo, como si incluso las palabras se resistieran a desaparecer. Al final del día, el silencio sepulcral llegaba antes que la oscuridad, acompañado por el rumor persistente del cementerio, que observaba la ciudad desde la parte más alta como un guardián inmóvil.

No había una reja clara que lo separara del resto del pueblo. Solo un leve cambio en la tierra... y un olor ácido,

persistente, como si aquel lugar no hubiera sido concebido para contener a los muertos, sino para impedir que, en un acto final de rebeldía, decidieran abandonar la ciudad del todo.

Ese día hubo despedida.

No triste. No del todo.

Una de esas ocasiones en las que la gente habla más de lo habitual, recuerda con sospechosa precisión virtudes que jamás mencionó en vida y reconstruye al muerto con una generosidad tardía, como si alargar la presencia del muerto mediante la conversación pudiera aplazar, aunque fuera un poco, lo inevitable.

En la casa del deudo, a quienes regresaban del sepelio les aguardaban café, pan y ese inconfundible ritual de manos que se aprietan con una intensidad mayor a la habitual. Llegarían los pésames, algunos sinceros, otros apenas heredados por costumbre, mientras las voces subían y descendían sin descanso, como si ninguna quisiera asumir la responsabilidad de ser la última en devolver la casa al silencio.

Cuando los últimos asistentes comenzaron a abandonar el cementerio para dirigirse a la casa del difunto, el viento impaciente volvió a moverse.

Y entonces, desde el borde de este... algo descendió.

No corriendo. No dudando.

Era un perro.

Grande, de cuerpo huesudo pero firme, como si el hambre y la resistencia hubieran aprendido a convivir en él desde hacía mucho tiempo.

Su pelaje, oscuro y áspero, se levantaba en mechones desordenados allí donde el viento lo alcanzaba, dándole el aspecto de una criatura que hubiese dormido demasiadas noches a la intemperie... o en lugares donde no debía haber dormido nada vivo.

No parecía viejo. Pero tampoco joven.

Tenía esa edad incierta de ciertas presencias que simplemente existen.

Sus patas largas avanzaban con una calma impropia de un animal callejero.

Sin ansiedad. Sin curiosidad.

Como si supiera exactamente a dónde iba.

Llevaba una correa antigua de cuero agrietado, demasiado gastada para seguir siendo útil, y de ella colgaba una pequeña placa metálica que golpeaba suavemente contra el herraje con cada paso.

No tintineaba.

Emitía un sonido seco, breve y casi deliberado.

Sobre la placa, ennegrecida por el tiempo, apenas podía leerse un nombre:

CARONTE

El perro no miró a nadie al principio.

Siguió descendiendo desde el cementerio con esa serenidad inquietante de quien no llega.

De quien regresa.

Caminaba sin prisa, como si ya conociera el camino.

Atravesó el sendero, cruzó las primeras casas... y se detuvo.

Frente a la casa del deudo.

Algunos lo vieron antes de irse. Otros, al cerrar la puerta.

Nadie dijo nada. Nadie sabía de quién era. Nadie recordaba haberlo visto. Y, sin embargo, días después... todos coincidían en lo mismo:

que el perro no había llegado.

Que el perro... — sin saberse por qué— siempre había estado ahí.

El perro caminaba por las calles... sin prisa, sin dueño visible, sin necesidad ni intención de ser llamado.

No mendigaba. No seguía a nadie. No parecía buscar nada. Y, sin saberse cómo, siempre estaba donde debía.

Don Ernesto fue el primero.

Llevaba años sentado frente a su casa, en la misma mecedora, a la misma hora. No porque no tuviera a dónde ir... sino porque ya no esperaba nada nuevo de la vida o del día.

El perro se acercó.

No ladró. No movió la cola. No pidió comida.

Simplemente se sentó frente a él. Y lo miró durante varios minutos.

Don Ernesto sostuvo la mirada con una calma extraña. Como si reconociera algo que no necesitaba explicación.

—¿Y tú... qué estás mirando? —dijo apenas.

—Dime... ¿Será que uno empieza a irse mucho antes de marcharse?

El perro no respondió.

Solo permaneció ahí. Quieto. Presente.

Dos días después, Don Ernesto no volvió a salir.

El segundo caso dejó de parecer coincidencia.

Una matrona de nombre Clara regresaba del mercado con las manos ocupadas y la mente dispersa.

Hablaba sola, como solía hacerlo, para no perder el hilo de sus propios pensamientos.

El perro apareció a su lado, pero no se acercó de inmediato.

Caminó junto a ella unos metros.

Luego se detuvo y la miró.

No había urgencia. No había advertencia.

Solo una forma de reconocimiento que no pasaba por los ojos... pero llegaba al interior igual.

Doña Clara lo observó apenas de reojo. Y, sin saber muy bien por qué, sonrió con una tristeza antigua.

—Qué curioso... —murmuró—. Uno pasa la vida creyendo que todavía tiene tiempo para decir ciertas cosas, pero nunca se encuentra la persona que las quiera escuchar.

El perro no se movió.

—Yo también tuve un perro... hace muchos años. Mucho antes de que esta casa se quedara tan silenciosa.

Ajustó una bolsa entre sus brazos. Siguió caminando.

El perro la acompañó.

—Se llamaba Julián. No el perro... el hombre.

Soltó una risa breve.

Cansada.

—Y nos prometimos tantas cosas ridículas cuando éramos jóvenes... viajar, mudarnos, aprender a bailar bien ese maldito vals...

Miró al frente.

—Y aquí me ves. Uno termina conversando con desconocidos... o con perros.

El perro seguía allí. Quieto. Escuchando.

—Lo curioso es que ya casi no lo extraño a él. Extraño más a la mujer que yo era cuando todavía lo esperaba.

Guardó silencio unos pasos.

Luego, casi en voz baja:

—Dime una cosa... ¿Será que uno empieza a despedirse mucho antes de darse cuenta?

El perro no respondió.

Solo la observó.

Esa noche, la matrona habló más de lo habitual.

Recordó detalles pequeños.

Se rió sin motivo claro. Y en ciertos silencios... pareció estar escuchando algo que ya no estaba ahí.

A la mañana siguiente, la encontraron sola, mirando al vacío.

No hubo ruido. No hubo señal.

Solo esa misma calma... como si algo íntimo de ella hubiera terminado de irse esa noche.

Fue entonces cuando comenzaron los comentarios en voz baja al principio.

—No es normal. —No puede ser coincidencia. —El perro... lo sabe.

Pero nadie sabía qué hacer con esa idea. Porque el perro no hacía nada. No intervenía. No cambiaba nada. Solo estaba.

Algunos empezaron a evitarlo.

Cruzaban la calle. Cerraban puertas. Apresuraban el paso.

Otros, en cambio, comenzaron a observarlo. No por curiosidad. Por necesidad.

Fue Mateo quien entendió algo distinto. No tenía una explicación. Ni una teoría. Solo una certeza que no sabía de dónde venía:

el perro no aparecía antes de que algo ocurriera.

Aparecía cuando alguien... ya había comenzado a irse.

Una tarde lo siguió a distancia.

El perro caminó sin rumbo aparente hasta detenerse frente a una casa que Mateo conocía bien.

No entró. Tampoco se movió. Simplemente se sentó.

—¿Le pusiste menos sal a la sopa?

—Sí, mamá. Como a ti te gusta.

—Antes no me molestaba tanto.

—Lo sé.

—¿Y Marta llamó?

—No. Todavía no.

—Siempre dice que va a venir.

—Es que tiene mucho trabajo.

—Todos tienen mucho trabajo... hasta que ya no tienen tiempo.

—¿Quieres un poco de café?

—No, gracias.

—Bueno... sí.

La hija la observó.

—¿Te pasa algo?

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Soñé algo extraño.

—¿Qué cosa?

—Que alguien me esperaba afuera.

—¿Quién?

—No estoy segura pero no era una persona.

La hija intentó sonreír.

—Mamá...

—Era... otra cosa.

La hija no insistió.

El silencio quedó suspendido dentro de la casa. Afuera, el perro seguía allí quieto.

No miraba la puerta.

Miraba... a través. Como si aquello que observaba no perteneciera exactamente al mundo visible.

No esperaba. No vigilaba. Solo acompañaba.

Tal vez, para él, la muerte no era una ruptura, sino un cambio de olor, una variación en la presencia, ese instante en el que alguien dejaba de estar completo... antes de desaparecer.

Y era justamente entonces cuando él se acercaba.

Una mañana, Mateo lo vio detenerse frente a su propia casa.

El mundo no cambió. No hubo señal.

Solo ese gesto.

El perro se sentó. Y Mateo lo miró sintiendo que el tiempo no se detenía, sino que se volvía más denso.

—¿A quién estás esperando?

El perro inclinó levemente la cabeza. Como si la pregunta no tuviera sentido.

Entonces entendió que no era espera ni advertencia. Era simplemente una despedida.

El perro se acercó apoyando la cabeza contra su pierna.

No hubo tristeza en ese gesto. Tampoco consuelo.

Había algo más preciso. Más transparente. Solo presencia.

Cuando levantó la mirada, el perro ya no estaba.

Esa noche, su madre habló más de lo habitual.

Recordó cosas pequeñas, riendo.

Se quedó en silencio donde antes habría llenado el espacio con palabras.

Mateo no dijo nada. Solo escuchó.

Porque ahora entendía algo que antes no tenía forma:

no todo lo que se va... se va de golpe.

Algunas cosas se despiden primero.

Y en ese intervalo invisible, en ese espacio donde nada parece haber cambiado, pero todo empezaba a transformarse... hay una presencia que llega.

No para evitarlo. No para explicar.

Solo para estar.

Desde entonces, nadie volvió a hablar del perro como antes.

No porque hubiera dejado de aparecer... sino porque ya nadie necesitaba preguntar quién era.

Algunos, incluso, comenzaron a buscarlo. No con miedo, sino con algo más cercano a la calma.

Porque, en el fondo, todos intuían lo mismo:

Que cuando el perro se sentaba frente a alguien... no significaba que el final estuviera cerca. Significaba que alguien pronto emprendería ese último trayecto... y no lo haría solo.

FIN

Hay cosas que no se van cuando terminan.

El siguiente cuento no trata de despedidas... trata de lo que decide quedarse sin avisar.



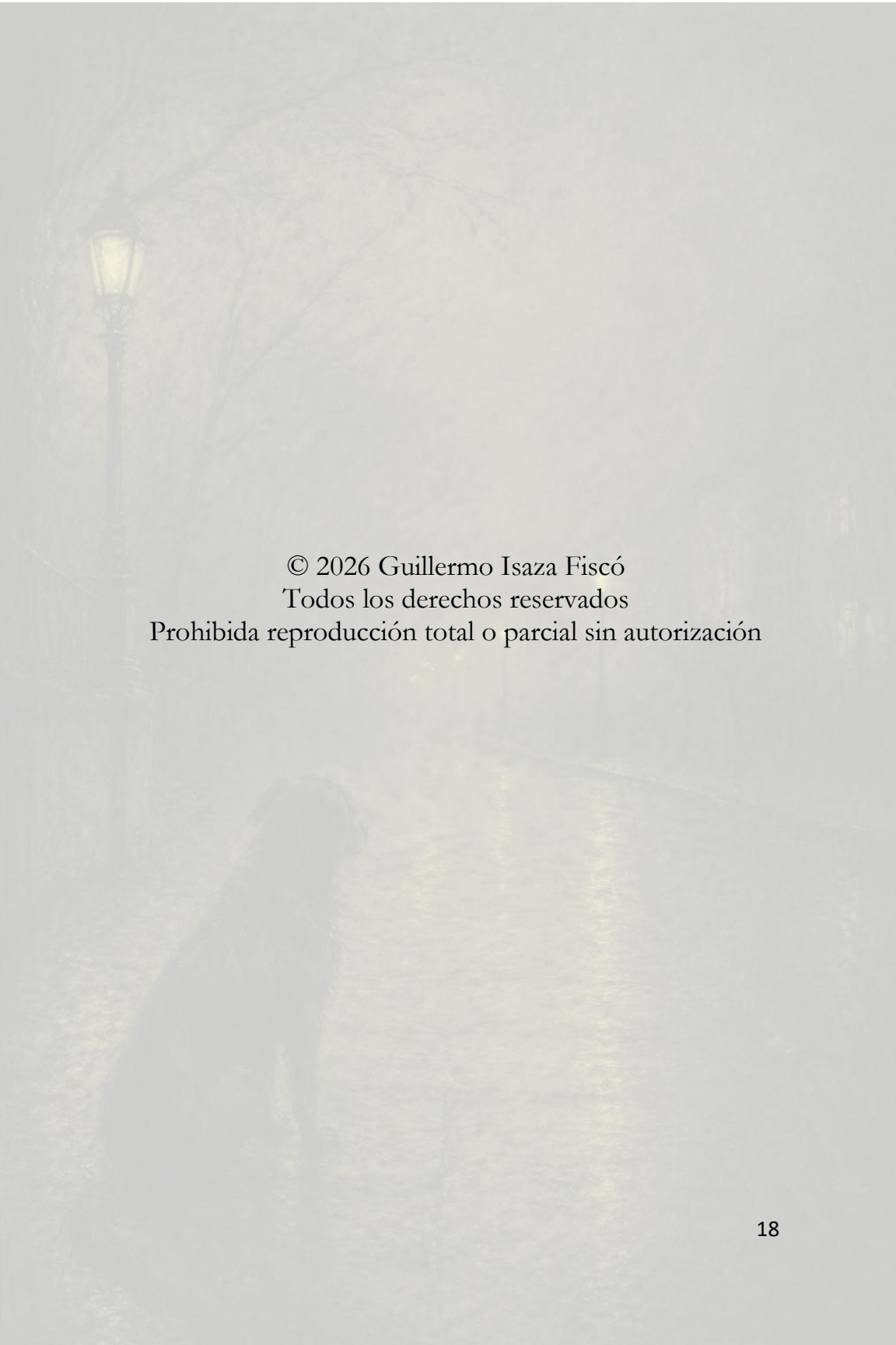


Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.



© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin autorización